

BAJO EL RELUMBRE DE LA COLOSAL ESFERA

M^a Carmen Gil del Pino
 Profesora Dpto Educación
 Facultad Ciencias de la Educación
 Universidad de Córdoba

Aparecido en Diario Córdoba el día 13 de Julio de 2006

Cierto. La tierra se mueve, y lo hace alrededor de una formidable y brillante esfera de fuego, un gigante fulgido con reflejos metálicos en espectacular e intensísima erupción que ocupa el centro del *Sistema*: el dinero. Todos ardemos, extrañamente impasibles, sin aspavientos, bajo su apoteósica llama.

Somos, en esta sociedad (bestial) de compra-venta, lo que *tenemos*, pero también lo que *no tenemos* y lo que *debemos*. El *Mercado*, al extender ante nosotros un deslumbrante surtido de productos apetecibles, al ordenarnos ora con argucia ora con contundencia que los compremos, nos condena tanto a la privación, que deviene en angustia (no alcanzar todo lo deseado produce un continuo sinvivir), como a la deuda, que deriva siempre en esclavitud (el débito hace al esclavo exactamente igual que el latigazo al perro).

Y es que comprar un objeto es renunciar a otro y, asimismo, esclavizarse, doblemente además: a la cosa comprada y a la persona (o institución) prestamista o pagadora. Rigurosísima sentencia, por tanto, la que el *Sistema* dicta sobre nosotros: carestía cada vez mayor (cuanto más elegimos más rechazamos) y servidumbre, que se corporifica en trabajo perpetuo (para pagar los perpetuos débitos), duro, coercitivo, de otro..., trabajo que ejecutamos no para satisfacer necesidades propias e íntimas sino impropias y ajenas.

En fin, que vivimos un auténtico drama –el drama de participar en una economía de mercado–, origen para colmo de otro mayor: la inconsciencia de ello (drama, pues, sobre drama). Prueba palpable es el hecho de no captar que la *lógica* del *Mercado*, la *sacra lógica* del *Mercado*, visiblemente fundada en el beneficio (suyo), implica por fuerza el maleficio (nuestro); otra prueba clara es el caso de no advertir que no puede haber provecho sin mengua; que el intercambio comercial es asimétrico, disparejo; que la ganancia del *Mercado* es justo nuestra pérdida; que nunca alcanzarán satisfacción nuestras necesidades, ilimitadas ya –las aviva una *máquina diabólica* cuya capacidad de producción rebasa la nuestra de consumo–, porque los recursos con los que contamos son, como es lógico, limitados; que el deseo de adquirir, por tanto, nos va a agujonear siempre, porque persiguiendo la abundancia sólo se halla, curiosamente, la escasez; que prosperidad material y empobrecimiento personal son una misma cosa; que la economía es eficaz en la medida en que carece de sentido (y de ética); que interesamos (valemos) sólo si contribuimos a la actividad competitiva (como consumidores o como productores); que las relaciones sociales se han vuelto relaciones contractuales; que mercadeamos, en fin, sonrientes, con un monstruo famélico en sus propias fauces.

Sin más tiempo que el presente, sin más proyecto que el consumo, sin más religión ni ideología que el dinero..., vamos hacia el estropicio. Y yo sería la última en censurarlo si se tratase de una decisión libre, pero no lo es (no puede serlo), porque libertad (pura) y mal son antagónicos. Censuro, por tanto, el desaguizado que se nos causa –salvaje desaguizado–, mas, por encima de éste, lo que reprocho es que se nos impida, esquilmandonos el cerebro, ser conscientes del mismo. Salta a los ojos que *consumir mucho* conduce al sometimiento y *apetecer poco* a la liberación, pero, bajo el relumbre de la colosal bola de fuego, una bola que nos inspira descabellada veneración, con los ojos fijos en ella, abrasados, no podemos verla.